

Católicos liberales

ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ*

La imagen ha dado la vuelta al mundo. Se trataba de la firma, el pasado octubre, del Tratado Constitucional de la Unión Europea. El escenario, la sala *degli Orazi e Curiazi* del *Campidoglio* de Roma, el mismo lugar donde se firmó en 1957 —entonces con imágenes en blanco y negro— el Tratado que instituyó el Mercado Común.

Cada líder europeo iba estampando su firma bajo la colosal estatua en bronce del Papa Inocencio X (enfrente de la cual se encuentra la estatua, en mármol, de otro Papa, Urbano VIII). La bandera de la Unión Europea, símbolo mariano, incluso decoraba la misma mesa de la firma. El himno allí interpretado está tomado —como es sabido— de la *Novena Sinfonía* de Beethoven, compuesta a partir de la *Oda a la Alegría* de Schiller, la cual

afirma en su hermosa letra que en los Cielos reina un Padre, animando a los hombres, todos hermanos, a buscar a su Creador más allá de las estrellas.

Precioso y conmovedor. ¿Cabe más bella afirmación de principios, de símbolos, de ideales cristianos, incluso católicos? Cualquiera buen católico debería alegrarse, y mucho, ante todo ello. Es verdad que en el texto constitucional se omite la referencia al Cristianismo. ¿Para qué más? Se sobreentiende. ¿Era menester? Si no se ha hecho explícitamente, pienso que es por culpa de la intolerancia y el desprestigio de algunos católicos, cuyas manifestaciones resultan contraproducentes. Ciertas personas han bramado, creo que insensatamente, por esa omisión.

A este respecto siento nostalgia de aquella época esplendorosa de Europa cuyos princi-

* Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación.

pales líderes políticos eran De Gasperi, Adenauer y Schuman, los tres católicos liberales, dignísimos, afables, respetuosos, elegantes, con afán por facilitar las cosas, por complacer a los demás, por intentar comprender el punto de vista ajeno. Lo único que rechazaban era la intolerancia, la imposición fanática, los malos modales, el totalitarismo. Recuérdese que los tres sufrieron y se opusieron al comunismo, por un lado, y al fascismo y al nazismo, por otro. Si ellos hubieran vivido hoy, estoy convencido de que, debido a la ejemplaridad de sus vidas, los demás políticos no se habrían opuesto a introducir esa referencia al Cristianismo en la Carta Magna de Europa.

Permítaseme decir, con todos los respetos pero también con mi indignación, y tengo el derecho y el deber de hacerlo, que desde hace algún tiempo se ha impuesto, dentro del Catolicismo, una tendencia maniquea, tantas otras veces suscitada a lo largo de su historia, con resultados nefastos para él. Repásese esa historia y se comprobará cómo sus actitudes rigoristas, nada cristianas, han tenido consecuencias contraproducentes.

En muchos ámbitos católicos ha resurgido, otra vez, la intolerancia. Este vicio no es sino manifestación de inseguridad, de debilidad y, también en el fondo, de poca fe además de falta de esperanza y, sobre todo, de caridad. Me complace citar unas frases de las *Meditaciones del Quijote*, en donde Ortega, que tanto sabía del Catolicismo cerril de su época, escribe que la tolerancia es “la actitud propia de toda alma robusta... Conviene que nos mantengamos en guardia contra la rigidez, librea tradicional de las hipocresías. Es falso, es inhumano, es inmoral, filiar en la rigidez los rasgos fisonómicos de la bondad”.

Esas actitudes antiliberales que se dan dentro del Catolicismo no son, en realidad, cristianas, ni siquiera católicas. Hay que decirlo ya

con la máxima energía: son inmorales, son anticristianas y anticatólicas, aunque las profesen sus jerarcas. Lo verdaderamente católico debe destacarse por su comprensión universal, su apertura, su amabilidad y tolerancia, la simpatía respetuosa con la que universalmente mira a todos los hombres y a todas las culturas.

Con el transcurso del tiempo se ha podido ver, después de todo, que las posturas inquisitoriales del pasado han sido una gravísima equivocación, un gran pecado. Las actitudes intolerantes de hoy, que para muchos pasan por ser lo correcto, dentro de unos años aparecerán también no sólo como equivocadas, sino también como ridículas e histéricas.

Y como contraproducentes. En España, hoy la Iglesia goza de unos privilegios que no tiene en otros países. Pero algunos católicos están poniendo en riesgo esa situación por sus continuas provocaciones y por su desmedida arrogancia.

No entiendo cómo, en la pasada fiesta de Santiago, se haya podido causar incomodidad al presidente del Gobierno que acudía, deferente, acompañando a los Reyes, a la Catedral compostelana, asistiendo a la Eucaristía y subiendo con Sus Majestades a venerar la imagen del Apóstol. Como es sabido, yo no soy socialista ni votante de ese partido, pero me produjo pena la situación creada por la falta de delicadeza, de atención, de respeto en suma, hacia la persona que la mayoría de los españoles ha querido, con su voto, que presida el Gobierno. ¡Qué ocasión perdida para ganarse su amistad y consideración! Indignación me produjo leer, a los pocos días, lo que decía sobre esa visita un semanario católico: ponía en ridículo al presidente, arremetiendo contra él, mofándose incluso con palabrotas y frases de muy mal gusto. ¿Pero qué es lo que pretenden con esto? Lo católico hubiera sido la gratitud, el aplauso, la acogida respetuosa

y cordial, la mano tendida, el ofrecer ayuda, la oración por los que nos gobiernan. Piénsese además en la incómoda situación, en el compromiso, que ese semanario —insertado en un periódico nacional— ponía, como rebote, a los propios Reyes.

Tampoco entiendo por qué otra publicación católica, diocesana, cuya tirada es de decenas de miles de ejemplares, en cara edición de buen papel y a todo color, distribuida gratuitamente, se llame *Calibán*. Dudo que sepan —me gustaría equivocarme porque si lo saben resultaría más inquietante— que Calibán es el ser fantástico del drama *La tempestad* de Shakespeare, y representa el espíritu del mal, monstruoso y colérico, opuesto al bien. La forma chabacana y el contenido de la revista suelen desagradarme, no sólo su nombre (además insertan anuncios de mal gusto y pornográficos). Esta revista se incluía dentro de la mochila que se repartió durante la última visita del Papa a España.

Lo calibán parece muy parecido a lo talibán. Vamos a tener que llamar calibanes a esos católicos cuyos comentarios, faltos de caridad, son tan agresivos, tan anticristianos, tan coléricos, tan opuestos al bien. Dan motivos para denominarlos de esa manera. Y así seguiría añadiendo otros hechos que me duelen profundamente porque suponen afrentas a Cristo y a su supremo mandamiento de la caridad. Creo que el Cristianismo ha de ser presentado de forma más cristiana, con bondad, caridad, elegancia e inteligencia, cualidades, todas ellas, que van unidas.

Estos calibanes se están ganando, a pulso, la antipatía general. Parece que gran parte del Catolicismo se dedica a protestar (¿Protestantismo?), a arremeter, a embestir, a condenar, incluso a veces a insultar. Lo normal tendría que ser la actitud contraria: la acogida, la palabra consoladora, amable, respetuosa. Se ha instalado el negativismo. Pero Cristo, que

vino a salvar y no a condenar, pide ver el lado positivo de los demás, y mediante esta pedagogía conducir hacia lo mejor de cada persona.

Incluso algunos clérigos compiten en proferir el dicitario más meritorio que les pueda conferir la acreditación para seguir ascendiendo y ganar mayores puntos en su carrera eclesiástica.

El fundamentalismo católico tiene muchos puntos de convergencia con el integrismo islámico, no nos engañemos. Lo católico debería ser visto como lo salvador de todos, aquello que abraza (actitud simbolizada en la columnata de la Plaza de San Pedro) a la entera Humanidad, que la conforta, la anima, la alienta, la invita respetuosamente a renacer y renovarse. Ha de denunciar, como Jesús, el fariseísmo, pero no debe, bajo ningún concepto, atemorizar a los pecadores, sino acogerlos con cariño invitándolos suavemente a la conversión. Y pecadores somos todos. Incluidos los jerarcas, que también deben convertirse, no lo olviden. Quien esté sin pecado, que arroje la primera piedra. ¿Por qué, entonces, la insistencia antipática en señalar con el dedo acusador?

Es verdad que la Iglesia debe alertar sobre los riesgos que afligen a los hombres, pero ha de hacerlo con otros modales. Y desdramatizando, sin rasgarse las vestiduras. ¿Se quiere suprimir la clase de Religión? No se pongan histéricos. Durante la Dictadura de Primo de Rivera, esa clase era voluntaria. El católico liberal Julián Marías cuenta en sus *Memorias* que tal clase “tenía fama de no ser muy interesante; no asistí a ella, y acaso por eso he conservado mi fe intacta y viva”. Es menester reflexionar sobre esas palabras. Por otro lado, con respecto a lo sexual, parece como si algunos, debido a sus permanentes y tediosas declaraciones, tuvieran una obsesión enfermiza; más que obsesionados, se diría que

están *obsexionados* (con equis). Hay otros pecados mucho más graves, entre ellos el espíritu farisaico e inquisitorial, o el insulto que ha proferido cierto jerarca acusador *obsexionado* contra sus acusados.

¡Cuánta torpeza, Dios mío! Hay falta de elegancia, de inteligencia para afrontar los asuntos, con lo cual crean más problemas y tensiones innecesarias. En los centros y organismos católicos se da una saturación de reuniones y más reuniones; en su mayor parte sólo sirven para perder el tiempo y la energía. Grupos —¡ay del grupismo y del gregarismo!— que propenden a una crítica destructiva, al desánimo, al desaliento. Lo peor es cuando en grupos y reuniones se falta a la caridad, en lugar de caminar juntos (verdadero sínodo) con amor. En tales grupos se generan muchas polémicas, peligro diabólico que debe ser arrancado de raíz, sin contemplaciones. Aunque no haya acuerdo sobre cuestiones accidentales, debe haber siempre concordia, que es lo esencial. No es lícito aprovecharse del Cristianismo para hacer cosas que no son cristianas. “Que se conviertan los otros, pero no yo”, es lo que se viene a fomentar. Alzan lamentaciones y quejumbres porque dan más importancia a la cantidad que a la calidad. Cada vez se exigen más cursillos, charlas y requisitos rigoristas para recibir sacramentos, con antipáticos efectos disuasorios sobre cantidad de personas. Habría que facilitar las cosas; frente a la intransigencia y a las pesadas cargas, pido liberalidad (generosidad); “mi yugo es llevadero y mi carga ligera”, recordemos; hay que confiar más en la propia celebración del sacramento, si se hace dignamente. Pero en nuestras iglesias y celebraciones litúrgicas se ha instalado la fealdad, el estilo zafio y ramplón. ¡Cuánta paciencia debo ejercitar ante esta mezcla de lo energúmeno y lo cursi!

Por lo demás, inercialmente se transmiten una serie de fórmulas anquilosadas, concep-

tos arcaicos que habría que replantear desde una perspectiva más cristiana. Hasta la versión española de los textos litúrgicos, como me he encargado de mostrar fehacientemente, es errónea, está mal hecha, pero no se ha corregido; prefieren ocultar el estudio que hice, antes que reconocer humildemente esos errores garrafales, por más que yo les dijera que rectificar es de sabios. Quizá es que no entiendan (les concedo el beneficio de la duda).

“La verdad os hará libres”. Eso intentan hacer, con educación pero también con valor, las presentes líneas. Lo que resulta satánico es condenar al ostracismo a quienes en realidad somos más cristianos y más verdaderamente católicos que los condenadores (uno de ellos me amenazó, literalmente, con quemarme; instigado por ese envidioso cura —que pasó de la amistad hacia mí, cuando él era seminarista, al odio posterior—, un cardenal —que en su carta pastoral sobre el referéndum de la Constitución Española de 1978 se inclinaba por el voto negativo, y que en alguna ocasión levantó el brazo en saludo fascista— con su dedo amenazante dirigido contra mi rostro gritaba varias veces, lleno de ira y de cólera, que me iba a suspender *a divinis*, y que iba a dar muy malos informes sobre mí a todas las diócesis españolas). Para una mayor comprensión de estas actitudes de los “mestureros”, léase el último capítulo de mi libro *La belleza de Cristo*, donde quedan retratados.

La teología cristiana ha venido sustentándose sobre filosofías inadecuadas, arcaicas, paganizantes, deshumanizadoras y cosificadoras, que no la benefician. El espíritu inquisitorial —que no se ha limitado a la institución llamada Inquisición— paraliza a muchos. La libertad de los hijos de Dios es sustituida frecuentemente por el *temor servil*, indigno del cristiano.

La filosofía de Marías y de Ortega tiene una fecundidad concreta para comprender y vivificar aspectos esenciales de la antropología cristiana. Según Marías, “tal vez nunca haya dispuesto el cristiano de un repertorio de conceptos filosóficos que se adapte mejor a pensar la situación radical en que ser cristiano consiste, sin la interposición de esquemas intelectuales lastrados de paganismo” (*Ortega y tres antípodas*).

La obra citada es una defensa que de Ortega hace Marías frente a los enemigos clericalistas de esta filosofía, que no eran muy cristianos, que querían ponerla en el Índice de los libros prohibidos. Gracias a Marías no fue así. Se da la paradoja de que esta filosofía, tan atacada por algunos cristianos, ofrece una visión de la realidad que significa la superación de los viejos elementos paganos que permanecen adheridos al Cristianismo, la apertura del horizonte hacia una interpretación personal, más cristiana, de lo humano. Es preciso que las autoridades eclesiásticas, en lugar de permanecer impermeables y de seguir sustentando arcaicos esquemas, se den cuenta de ello para que el Cristianismo, renaciendo y renovándose, sea más auténticamente cristiano. Desde hace algún tiempo, en determinados centros católicos de estudios filosófico-teológicos se prefiere a unos intolerantes clérigos escolasticistas, que son otros antípodas, caracterizados por su agresividad, por su absolutismo antiliberal y cerril (Los conozco bien. No escribo a la ligera. Sé lo que me digo. Antiguos lectores de *El Alcázar*, amigos de los golpistas del 23-F, episodio que tanto celebraron. Arremetieron, de forma absolutamente anticristiana, con verdadera maldad, contra el que esto escribe. El propio Julián Marías me defendió, amparó y protegió. Todavía, al cabo de tantos años, estoy esperando que esos antípodas me pidan perdón y reparen la tremenda injusticia cometida. Es gravísimo lo que han hecho; Dios les pedirá cuentas. Mientras tanto, en este mundo

la verdad, por sí misma, se impondrá —con el tiempo— sobre la mentira, la envidia y la calumnia).

Hasta ahora, por discreción, he guardado silencio. Pero por el bien de otros, a los que les puede pasar lo mismo que a mí, he de alzar mi voz de alerta, porque la fea costumbre generalizada entre muchos jerarcas —que parece no saben distinguir de personas— es dar crédito a los infernadores que acuden a ellos para medrar acusando a los irreprochables, dignos e intachables, de faltas inexistentes, temiendo que éstos vayan a hacerles sombra. Así consiguen ascender aplastando a los buenos, dejando al calumniado como “persona non grata”, cuyo nombre es introducido en la “lista negra” del desdén, del desprecio, de la represalia silenciosa. Lo mismo hicieron con los profetas, con los santos, con el mismo Jesucristo.

Pero acaso el problema que considero más grave es el nacionalismo, fomentado en medios clericales. No se puede ser a la vez cristiano y nacionalista, conceptos incompatibles, como señala mi libro *El Renacimiento del Humanismo*, en donde sostengo que el nacionalismo es la mayor inmoralidad de nuestro tiempo, precisamente lo contrario del Humanismo y del Renacimiento. La famosa carta pastoral de los obispos vascos, de mayo de 2002, dice que “ser nacionalista o no serlo no es ni moralmente obligatorio ni moralmente censurable”, expresa su preocupación por algunas consecuencias sombrías que traería la ilegalización de un determinado partido al que citan por su nombre, “sean cuales fueren las relaciones existentes” entre él y la banda terrorista, y además pide “una política penitenciaria que permitiera a los presos cumplir su condena más cerca de sus lugares de origen”. Justamente el nacionalismo de algunos jerarcas ha causado el alejamiento de muchos fieles.

Pero sobre nacionalismo y clericalismo, si se me permite, trataré en un próximo artículo, donde mostraré detenidamente cómo el nacionalismo, al menos en España, es heredero del absolutismo, del integrismo clerical y antiliberal, de aquellos que consideraban que la religión católica es y debe ser siempre intolerante.